

RAFAEL GARCIA SERRANO

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

EUGENIO

o

PROCLAMACION DE LA PRIMAVERA

EDICION
PARA EL BOLSILLO DE LA
CAMISA AZUL



EUGENIO O PROCLAMACIÓN DE LA PRIMAVERA

PRÓLOGO

A la que fue segunda edición y que sirve también para esta 6ª.

De verdad, lanzarse a escribir un prólogo a la segunda edición de un libro -precisamente ahora en que varios libros alcanzan, a la chita callando, un número de ediciones envidiables-, resulta hasta un poco impertinente. Pero no me resisto, entre otras cosas, porque la primera edición de mi EUGENIO queda muy lejana, muy triste y muy alegre. Varias veces ha estado a punto de reeditarse. Recién acabada la guerra, por una casa más bien poco formal; luego por mis camaradas del S.E.U.; después por otra casa editora. Se anunció la salida, y yo estaba muy contento, porque ésa iba a ser la ocasión de enfrentarme por primera vez con la crítica de toda España ya que solamente la de la zona nacional pudo ocuparse de esta novela -novela brevísima, pero novela-, agotada ya cuando nuestras tropas alcanzaron la victoria total.

Muchas peripecias ha corrido mi libro hasta que por fin, a esta difícil altura, hace su segunda salida por los campos de España. Fue escrito con una verdadera vocación de servicio, a la que no he renunciado. Aquel levantisco abril de 1936 vio concluir los dos primeros capítulos. Yo soñaba con terminar mi EUGENIO y llevárselo a José Antonio. Nada de esto se cumplió. El mínimo destino de cada individuo fue absorbido por el trágico destino de la Patria. En medio de la dramática peripecia española se terminó el libro. Fue una tarde dulce y baztanesa. Yo leí el libro a mis camaradas de Bandera. Había un cazador de palomas. A todos les gustó y fue mi primer triunfo, saboreando con un paladeo inolvidable, en la terracita de un viejo palacio, entre hidalguías de piedra, el rumor del río mordiendo los graníticos basamentos de la casona, y todo sobre un paisaje antiguo, que parecía ignorar hasta la incitación a la violencia y que sin embargo, era un paisaje veterano en pólvora.

Dediqué el libro a José Antonio. Y a un camarada muerto en el frente de Vizcaya. Y a varios camaradas de Madrid, a los que suponía entre la vida y la muerte. Yo no creí jamás que hubiese muerto José Antonio. No podía creerlo, y si dijese cuándo me convencí de lo irremediable, quizás alguien me llamase tonto. Nada más uno salvó, de toda aquella escuadra orgullosa y magnífica: precisamente el que cede su nombre al protagonista. Su nombre y alguna otra cosa. De todos ellos tiene algo este EUGENIO mío. De mí, la literatura. Y eso es poco.

Nacido el libro, mejor: la voluntad de este libro, para un tiempo peligroso, es posible que ahora parezca ingenuo, elemental, hasta infantil. Así lo quiero, así lo hice, así lo entendieron los de mi Bandera, muchos de los cuales, por todas estas razones ingenuas, elementales e infantiles, murieron más tarde repartidos entre una Bandera de Navarra y una Bandera de Aragón. Claro que los años corren como caballos de carreras y dejan detrás, muy detrás, los acontecimientos. El mundo mismo ha dado una vuelta gigantesca, y entre ruinas y dolores se ha sepultada un concepto de la vida muy noble y muy bello. Lleno de equivocaciones, yo no lo sé, y otros sí que lo saben; pero ha fenecido un aire de existir que nos enamoró en la época de los amores inolvidables. De los dieciséis a los veinte años. Veíamos entonces un enemigo para la Patria; hoy lo vemos para el mundo entero. Que Santa Lucía nos conserve la vista. Y la suerte. Y que nos ayude a liquidar el toro.

Cuando este libro pudo ser reeditado por vez primera, hice unas cuartillas para un semanario catalán, “Destino”, publicación falangista en aquel tiempo. Que ellas, sobre los años, sean el prólogo, ya que, si no, preveo un azar nostálgico a estas líneas. Entonces, ya hace mucho, dije:

“Si no tuviese el convencimiento de que mi libro es el mejor, jamás lo hubiera escrito. Esta orgullosa seguridad no puede alzarse en bandera más que en la florida década. El tiempo de los jóvenes es para ser cantado por los jóvenes, y resultan inútiles las viejas liras buscándole gracia al gesto de nuestra generación.

Un escritor sólo puede renunciar a su primer libro. Precisamente de versos. Hace tiempo cumplí el rito con una audacia que todavía se sube a mis mejillas. Por eso la segunda edición de mi EUGENIO es una afirmación de mí mismo. De mis camaradas.

A veces me ha saltado el cobarde deseo de corregir y aumentar. Realmente es bello decir: segunda edición, corregida y aumentada. He vencido la pedante preocupación. ¿Acaso nos es permitido enmendar el viejo tiempo que nunca fue mejor, la vida lejana, el día de ayer o el amor que se marchó silenciosamente? El que cree, vence a las horas. Sólo el que cree se modifica: en las obras nuevas.

La segunda edición será exactamente igual que la primera. Si no lo fuese, habría caído en la vanidad senil de la experiencia y yo sería, al menos, un buen senador, pero nunca un buen falangista.”

R. G. S.

21 de agosto de 1945, en Madrid.

Para mayor gloria del César Joven, José Antonio. En la memoria de Albincho Martínez de Goñi, muerto en Vizcaya. De Eduardo Ródenas, de Eugenio Lostau, de José Antonio Pezuela, de Alejandro Salazar Salvador: con voluntad de lo que ya no podrá ser: Madrid de nuestra Moncloa, mañanas de la Facultad, Imperiales visitas a Felipe II. En la memoria de todos los caídos antes de la guerra. En la memoria de todos los camaradas que murieron por la Revolución Nacional sindicalista.

Presentes.

ESTA «proclamación de la primavera» es testimonio de hechos vividos antes de los veinte años. Soy camarada de una generación con destino propio. Nuestro destino de morir, mi mismo destino de morir me lleva a Eugenio, el muerto que yo – que cada uno de nosotros hubiera querido ser. Huérfanos de apoyo redimimos la tierra de España, para recibir el bautismo del trigo y el bautismo de la sangre. Si fuésemos oradores liberales a estas horas clamaríamos ante cuatro faroles de gas, la enchisterada frase: ni la historia tiene derecho a juzgarnos. Fuimos a la guerra convencidos de que en su fin podríamos decir lo contrario de la generación remarquiiana: estamos totalmente salvados, aunque deshechos por las granadas. Somos jóvenes, elementales, orgullosos, católicos y revolucionarios. Todavía es áspero el sendero y no queremos más alivio que el de nuestra alegría tostada de intemperies. A la sombra de Dios, en los campamentos, mantenemos alzadas nuestras banderas: En la presencia del camarada que cayó.

Noviembre, año II. ~ Bandera 26.

«Zeus, hijo de Cronos, creó en esta tierra fértil una cuarta raza más justa y virtuosa, la celeste raza del Héroe»

HESÍODO.

CAPÍTULO PRIMERO

EUGENIO ELIGE SU MUERTE

Paseaba yo por Recoletos. Era en la mañana del 2 de mayo de 1935. Lucía un sol limpiísimo y en los árboles, las calles y las mangas de riego se adivinaba una gracia de primavera. Iba distraído, mirando a las muchachas, sorbiendo el aire apaciblemente, sin prisa. Madrid se me aparecía más claro que nunca y yo procuraba poner en orden mis notas sobre la ciudad.

(-Pero aquel debe ser el camarada Eugenio.)

Pasó un grupo de exploradores y luego, rápido, un auto ministerial.

(-A Madrid le sobra la calle de Alcalá y le falta la plaza de España. Y la plaza del Dos de Mayo. Y la plaza de la Falange. No. Vía de la Falange es mucho mejor. Señala caminos y parece que ha de haber flechas indicadoras cada dos puertas. Por lo menos, cada cuatro.)

Calor. La poca gente que circulaba iba deprisa, huyendo del sol de las doce. Un sol perfecto y definitivo que hacía mucho bien. Era como un sol profético

(-Indudablemente, aquél es el camarada Eugenio.) Me paré a comprar un periódico. Acostumbrado a mi cartera de estudiante, al ir sin ella no acertaba a mover las manos, que balanceaba sueltas vacías de gesto, como si las moviese un aire inexistente. Encendí un pitillo y hallé una ocupación para cada mano. Después seguí tranquilamente, seguro de que mi andar era firme y de que no me pondría los brazos cruzados por la espalda al paso de una muchacha.

(- Sí. Es el camarada Eugenio.)

Eugenio miraba fijamente un edificio. Tenía aspecto indignado y todo él era un haz de nervios tensos, dispuestos al asalto. Por momentos parecía la cólera más intensa en sus ojos.

- ¿Qué haces aquí, Eugenio? Sin responderme, me alargó un recorte de periódico, gacetilla sin sal y sin pena: “En memoria de los héroes del Dos de Mayo. -La Orden del Dos de Mayo de 1808 y el primer Comité Local de la Cruz Roja Española celebrarán los siguientes actos conmemorativos de la patriótica solemnidad. A las once de la mañana en la tradicional iglesia de Santos Justo y Pastor, se celebrará el funeral en sufragio de los héroes del Dos de Mayo. A las nueve y media de la noche, concierto por las rondallas de la Asociación de excombatientes de España. A las diez y media, concierto por la banda de la Cruz Roja, con el siguiente programa: Primera parte. -” El Dos de Mayo” (pasodoble), Chueca. “La del manojo de rosas” (selección), Sorozábal. “De Huelva” (fandanguillo), M. Romero. Bulerías de la revista “Socorro en Sierra Morena”, Luna. “La canción del olvido” (fantasía), Serrano. - Descanso. La segunda parte se compondrá de piezas bailables. Durante el descanso se quemará una colección de fuegos artificiales. La Comisión organizadora de estos actos hace gestiones para que por medio de reflectores sean iluminados el Arco de Monteleón y la estatua de Daoíz y Velarde.”

Me eché a reír.

-No te rías. Mira. ¿Conoces ese edificio? Es la embajada de Francia. He venido a manifestarme, a apedrear los cristales. (El camarada Eugenio es así. Ya no me cabe ninguna duda: es el camarada Eugenio.)

Cada vez más excitado, siguió:

-Un desfile militar. Cañonazos cada media hora. Pasodobles de Chueca. “La del manojo de rosas”. Un pueblo de cretinos bailando sobre el heroísmo. La Comisión mendiga luz. Las tropas marcando el paso con los cosacos del Kazán y el alcalde fumándose un puro. Esto, si no es una maniobra francesa, lo parece. Voy a manifestarme.

-Pero, Eugenio, por favor, no hagas tonterías. Anda; vámonos.

-Tú eres poeta. Debes indignarte. Para estas horas está haciendo falta un canto civil, heroico. Pero la burguesía prefiere la música de Sorozábal. ¡Qué hermoso desfile con antorchas, encendiendo la noche como una gran hoguera emocional!

Eugenio comenzó a gritar. La gente nos miraba, extrañada de su aspecto. Estaba hermoso en su cólera. Se sentía capaz de levantar una barricada para él solo o de lanzar un manifiesto viril. Su chaqueta, muy abierta por la posición de los brazos en alto, dejaba ver la camisa azul del uniforme. Era fuerte, sano, valiente.

En aquel momento salió un señorito de la Embajada, y Eugenio, el bien engendrado, corrió hacia él. El señorito, un poco asombrado de todo aquello, ha intentado seguir su camino. Pero mi camarada, cortándole el paso, le ha dicho:

- Te vas a pegar conmigo.

Yo estaba inmóvil. La gente comenzaba a pararse. Avancé hacia Eugenio. El señorito, despistado por la sorpresa, ha querido decir algo; pero un gesto de Eugenio le ha puesto en guardia. Lleva en la solapa la insignia de un partido burgués. Eugenio ha comenzado a golpearle. El señorito se defiende bastante bien, pero su sombrero cae al suelo, y eso le ha perdido. Su sombrero era su defensa. La gente lo creía persona respetable cuando el sombrero cubría su cabeza. Ahora, la cosa se ha reducido a una riña de muchachos. La gente comienza a andar. El señorito se ha desplomado bajo la furia de Eugenio en el preciso momento de acercarse los vigilantes.

(Es Eugenio. Es Eugenio.)

Esperaba en pie, firme, a que el adversario se levantase. Ya tenía encima los guardias, cuando yo, de un empujón, le he separado de ellos, gritando:

-De prisa, Eugenio; de prisa. A los guardias les ha debido hacer gracia la cara del señorito, porque en lugar de perseguirnos, lo levantan del suelo. Pero, oh, el “valor cívico” de los escasos transeúntes que se lanzan en nuestra persecución. Son los que luego dirán: “Estuve a punto de cogerles.” Corren sin ganas. Cumpliendo su “deber cívico” para que esta noche la prensa hable de que el público reacciona contra los perturbadores de la paz social. A la vuelta de la calle ha ocurrido algo verdaderamente gracioso. Eugenio, molesto, ha dado cara a los perseguidores mientras se buscaba el pañuelo. Tres ciudadanos han frenado repentinamente. Uno, ya con la barriga en el suelo, ha querido gritar:

-Cuidado; llevan pistolas.

Pero su voz ha sido delgadísima. Otra carrerita. Y tranquilos nos sentamos en un bar.

(Verdaderamente, éste es mi camarada Eugenio.)

II

Paseando hemos comenzado a hablar de la muerte. Yo he extendido un muestrario de muertes bastante completo, con precisión de fichero.

– Mira, Eugenio:

1.º Muerte de circunstancias. Un día pasas por la calle. Te aplasta un camión. Los periódicos dirán: “El joven Eugenio fue atropellado por un camión que consiguió huir. Murió al ingresar en la casa de socorro. La Policía realiza pesquisas para descubrir al imprudente chófer.” Y tu familia llora muchísimo. O bien te sorprende un tiroteo, y una bala perdida halla rumbo en tu cabeza; entonces comienzas a ser mito. Unos periódicos hablan del orden público y otros de las provocaciones fascistas. A tu entierro asiste mucha gente. Y tu familia llora muchísimo.

2.º Muerte burguesa. Eugenio falleció ayer, víctima de penosa enfermedad. Has muerto entre sábanas y sollozos. Has recibido todos los sacramentos. A tu entierro van quince coches – se suplica el taxi-. Luego todos le dan la mano a tu padre y dicen: “Lo mismo digo.” Y tu familia llora muchísimo.

3.º Muerte de deber. Oh, muchas clases de muerte de deber. El que muere en su sitio. Hermosa muerte, sobre todo la del soldado. Pero nadie hace caso. Se inicia una suscripción para pagar la sangre. Y tu familia llora muchísimo.

4.º Muerte de voluntad. Esta sí que es bella, camarada Eugenio, porque la buscas tú y te la impones con voluntad. Mueres bajo el sol o bajo las estrellas. Pero mueres en combate y tu sangre se hace fértil como una primavera. Nadie dice nada. Sólo tus camaradas alzan el brazo, escriben tu nombre en letras de oro y gritan: Presente. Tienen los ojos brillantes y no lloran porque han de honrarle con la fiesta de pólvora y asalto. Media hora después cantan un Himno. Y en las estrofas del himno estás tú -presente-. Dos horas después están encarcelados. Y tú con ellos -presente-. Y siempre tú -presente-. Con tu último gesto – presente –, con tu última y eterna sangre – Presente.

– Y mi familia, ¿no llora muchísimo?

-Oh, no. Han acampado en la Falange y no les queda tiempo.

Y Eugenio ha elegido la muerte de voluntad. El sol lo unge héroe. Las mujeres parece que lo miran como a un predestinado. Va sereno, gozoso.

- ¿Y tú? - me pregunta.

– Me gustaría poder morir. Pero mi destino es otro: tengo que escribir tu romance. Sin embargo, estoy dispuesto a perder un ojo.

No, camarada Rafael. Es molestísimo ser tuerto, porque siempre va uno viendo su propia nariz.

El aire pesa menos en los alrededores de Eugenio, el bien engendrado, que en esta mañana, abierta, la pasión frente al muestrario de muertes, ha elegido la suya, tranquilo y segurísimo de que la vida no le espera. Me dice que le gustan los árboles y que olfatea el mar por todas las esquinas.

-(Sí. Es mi camarada Eugenio.)

CAPÍTULO SEGUNDO

FÁBULA DE HERO Y LEANDRO

«Por ti la verde yerba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba.»

GARCILASO, égloga primera.

Hace días que Eugenio está en su ciudad. Una capital de provincia norteña apetecible y silenciosa. El corazón de Eugenio, tan interesante para mí, para el amigo que le decidí la muerte, ha experimentado un cambio sentimental dulcísimo.

I

Todas las mañanas, Eugenio pasaba el río a nado. Desde que comenzaron las vacaciones ni un solo día dejó de entregarse, plenamente desnudo, al placer del agua de nieve. Pero hoy Eugenio ha puesto el pie en la otra ribera doblando la rodilla, como posesionándose de aquella yerba y de aquellos árboles. Sus ojos antiguos han debido dominar como un ave de presa. La noble actitud, un poco rara en la soledad marginal del río, le ha sorprendido, agradablemente, a él mismo. Cara al sol, ha pensado en la posibilidad de hacer un recorrido entre los zarzales y hasta en asaltar algún manzano en busca del redondo botín. Eugenio ha atravesado la frontera levísima de un seto, y al ir a tomar la manzana más próxima a sus manos ha visto que una muchacha, inclinada la cabeza como en busca de aire tibio, le mira fijamente.

-¡Hero!

Ya no le cabe duda a Eugenio; éste es su problema sentimental. El que presentía desde la primavera, con un anhelo de concreción que se hacía imposible en la ciudad. Y he aquí que en el campo, después de atravesar el río y bajo un manzano, ha descubierto la más ideal realización de todas las profecías.

- ¡Hero!

La muchacha le sigue mirando. Eugenio no sabe qué hablar. Opta, pues, por arrancarle al árbol otra manzana y, sentándose al lado de la joven, ofrecérsela. Ésta la coge y mordisquea. Eugenio piensa.

(-Si Hero vive en la Ciudad o tiene el sentimiento de las que pasean por la Ciudad, ahora sonreirá diciendo: “Es muy fácil ofrecerme mis propias manzanas.” Pero si, por el contrario, es mujer de campo o tiene el sentimiento del campo, sonriendo, con muchísima más suavidad...)

-Son magníficas mis manzanas.

(Primero ha elogiado la fruta. Luego, la propiedad. ¿Es mujer de aldeanía o de urbe? Quizás tenga los sentires superpuestos, piensa Eugenio.)

-Me parece que te conozco.

-No sé. Para mí has sido un descubrimiento. Pero es fácil que me hayas visto pasear por los Álamos. ¿Vives aquí, o en la Ciudad?

– En la Ciudad. Pero al llegar el verano venimos a esta huerta. Está más cerca del río y de la yerba.

Eugenio quiere recordar y no puede. La figura que ve le es conocida. ¿Cómo? Es su deseo, o, simplemente, un conocimiento lejano, de acera a acera, de balcón a balcón.

– ¿Cómo te llamas?

– María Victoria.

Eugenio está seguro de no conocer en la Ciudad a ninguna María Victoria. Es el triunfo de su personal primavera.

-Entonces no te conozco. ¿Has venido hace poco a la Ciudad?

– A últimos de abril.

- Cuando yo estaba en Madrid. Estudio Filosofía y me llamo Eugenio. Soy falangista. Así es que no te molestes en hacerme las tres preguntas de rigor. ¡Ah! Hace muy buen tiempo.

Rieron los dos separando las manzanas de la boca fresca. Luego, ella le ha dicho, continuando las noticias:

-Soy castellana. De Ávila. No tengo política y me parece que el tiempo de la ciudad es delicioso.

Una pausa tranquila, que dura lo que las manzanas tiene a María Victoria y Eugenio prendidos del cielo sin nubes. Bajo la extensa sombra del árbol, los dos juegan a descifrar las palabras cruzadas de los huecos de las hojas.

Eugenio traduce mensajes ardientes y le parece leer el poema de Hero y Leandro.

Leandro-Eugenio ha atravesado un modesto río y en el manzanal, esperándole sin saberlo y sin antorcha, porque es mediodía, estaba Hero-María Victoria, casi impaciente y casi amorosa.

María Victoria no sabe descifrar palabras cruzadas. Sin embargo, como la solución le intriga, se hace trampa. Así la conclusión es fulminante. Eugenio, el bien engendrado, ponía fin a un desvelo que todos los días pesaba sobre su cabeza y le hacía mantenerla inclinada como en busca de aire tibio.

II

Leandro-Eugenio se despide de Hero-María Victoria. Ella le ha dicho:

-¿Nos veremos esta noche en el paseo?

Y Eugenio ya preparado para lanzarse al agua piensa que quizás no sea ella lo mismo bajo las farolas municipales, en la rueda de nueve a diez, que bajo el manzano cargado de frutos. Por eso, Eugenio, desde el agua, grita alegremente: No sé si estaré libre a esa hora. De todos modos, ve al paseo. Haré lo imposible por estar allí.

Eugenio sube la cuesta pelada que marcha hacia la ciudad sin demasiada prisa. Le preocupa extraordinariamente el problema de si Hero-María Victoria seguirá siendo Hero en las calles sin yerba, en la acera de los cafés o bajo los porches. Pero el reloj de la Catedral, sonando sobre las murallas, acelera su paso. Cuando llega a casa, toda la familia está reunida en torno a la mesa. La madre sirve. Hay un silencio y luego comienzan los comentarios, inevitables y políticos. Los hermanos de Eugenio pretenden exasperar a éste con burlas. Y Eugenio repite el gesto de todos los días. Un gesto de paz armada. Los comentarios se desvían. La tranquilidad burguesa no ha sido inquietada por el hijo mala cabeza, Eugenio, el bien engendrado.

II

Eugenio es ese hijo que los padres de buena posición exhiben a sus amistades diciendo:

-Es una bala rasa. Figúrense ustedes que con la posición que le corresponde ocupar por su familia, se hace revolucionario. Anda por ahí con obreros y gente de ese estilo. Estuvo en la cárcel por romperse la cabeza con un socialista. Pero ¡ah!, recurriendo a mis buenas amistades conseguí sacarlo a las diez horas. Lo que nunca he podido explicarme es por qué, en el momento de salir de la prisión, volvió a darse de golpes con otro marxista que andaba por allí vendiendo un periódico.

El padre de buena posición se calla ante la mirada de su hijo Eugenio cuando le dijo:

-No tolero influencias en mis asuntos, ¿entiendes?

Y es que Eugenio quiere a sus padres, pero desprecia las ideas que no tienen, los lugares que frecuentan y hasta los libros que no leen. El padre, frívolamente, se aleja de la familia.

- Mis padres son unas buenas gentes que saben manejar los cubiertos de pescado – suele decir Eugenio cuando tiene un magnífico humor. La madre es adusta. Eugenio se esfuerza en inventar caricias recibidas en sus días de pequeñuelo, y no logra ver más que una señora de visita en el cuarto de los niños. Sin embargo la quiere y procura motivar sonrisas en aquellos labios excesivamente quietos. Los hermanos son los auténticos señoritos. Eugenio prefiere no hablar de ellos. No me enteré de que tenía hermanos hasta bastante tiempo después de conocernos. Eugenio dice que me envidia la familia.

CAPÍTULO TERCERO

HISTORIA DE 3 CARTAS

- *Capítulo segundo de la fábula de Hero y Leandro* -

Hoy no he podido remediarlo. La verdad era tan absolutamente mía que necesitaba, fatalmente, comunicársela a otro. Más claro, a Eugenio. La cosa fue así: yo nunca había escrito mi diario íntimo. Me parecía bastante novecentista y cómodo. Es muy fácil hacer los juicios en un papel secreto. Y eso es el verdadero diario. Pero hacerlo en falso con intimidades hermosas que poner, más o menos disimuladamente, en los rincones que conoce todo el mundo para que todo el mundo conozca la elegancia de nuestro interno estilo, me parecía irrespetuoso conmigo mismo. Y así, hice mi confesión a las cuartillas, amplí de sinceridad y libre de ritmo. Y escribí austeramente mi verdad y mi propósito. Noté, de golpe – algo como que subía del pecho, perfectamente definido –, la extraña vergüenza de decirme la verdad a mí mismo. Hablé de mis versos. Y de Laura. De Laura y de mí. Y yo quería ser su Don Juan, pero notaba a simple vista que no llegaba a su imponente categoría. Y lo dije en las palabras de la verdad nocturna de mi cuarto. El rubor incomprensible me retrataba impúdico. Las cuartillas originales, de las que no me reservo ni tan siquiera las frases logradas, han ido a parar a Eugenio, acompañadas de esta carta:

Junio, 35.

Querido camarada: Ahora comprendo por qué me avergonzaba al escribir en mi diario algunas cosas. Ya entiendes: versos y Laura. Es que estaba seguro de que al final acabaría mandándotelo. Rompe las cuartillas, porque sólo tú puedes tener el valor de acabar con las esquinas agudísimas de mi liberalismo intelectual. Quiero seguir siempre tus sabrosos preceptos de totalidad. Sólo son dignas de las emociones de los Césares. Y aquellas humildes que sienten unánimes el campesino, el estudiante y el artesano. Todavía carezco de la norma que un día dictaste en los alegres pasillos de la Facultad.

-Vivíamos junto a la vida. Y es necesario que vayamos aprendiendo a morir, porque ya es llegado el tiempo de la sangre en el campo. Y si ahora basta con las venas de unos pocos, serán, luego, necesarias las venas de muchos. Te prometo llevar a la práctica, en todas las vicisitudes de la vida estas palabras tuyas. ¿Cuidas tu estilo de muerte? En tu contestación dime de Hero. Estoy impaciente por saber si aquella noche fuiste a los Álamos. ¿Hero-Ciudad o Hero-Aldea?

Laura, qué gozo, camarada, es de la Falange. Pero Don Juan es tímido y le falta el rompe y rasga de quien no vive entre las murallas de la ciudad. Con el brazo en alto. ¡Arriba España!

RAFAEL

Durante dos días he aguardado la contestación de Eugenio. Hoy me han llegado dos cartas. Ambas tienen la letra de Eugenio, pero en uno de los sobres hay un dos. Opto, pues, por abrir primero la no numerada. Dice:

Querido camarada: No tengo ninguna gana de escribirte. Abrazos. Eugenio.

Abierto el sobre de la cifra, leo:

Querido camarada: Después de echar la primera carta al correo he pensado que el dejarse vencer no va con nuestros ritos. Por eso, resentido de mi pereza, te escribo nada más llegar a casa. No te preocupes por mi suerte. La elegí aquel día, cara al sol. La cumpliré bajo el sol o bajo las estrellas. Y tú me cantarás, camarada, Ha de ser un hermoso poema, Somos Hero y Leandro, Leandro y Hero. La famosa noche del paseo, María Victoria era alabanza de aldea y menosprecio de corte. El campo contra la ciudad. Nuestra revolución. Su color, natural; y parecía – ella, ella sólo – un frutal florecido en el asfalto. Me acerqué y paseamos. La acompañé a su casa. A ninguno de los dos se nos ocurrió besarnos. En cambio, tuvimos el buen gusto de comer una misma manzana. Ella es símbolo y carne. Es María Victoria. Y Hero. Y la Falange. Lo es todo. En adelante no podré mirar un cromó matronil republicano sin pensar en el artista que haga la mujer joven, virgen, desnuda, rodeada de fusiles y sangre. Eso será un símbolo y no esa matrona que tiene tetas y no pechos. Amo a María Victoria, por Falange, por Hero y por María Victoria. Sé que vas a decir: “Barroco, camarada Eugenio.” Y no hay tal barroco. Es el dogma de la Tierra. La trinidad de la Tierra, que me hace comprender el otro inefable misterio. Te deseo mucha suerte. Pero antes, mira a ver si, además de camarada, es Laura tu artificio sentimental de la Falange. Un abrazo. Eugenio. - ¡Arriba España!

Eugenio sí que tiene suerte. Hoy quisiera escribir en mi diario estas únicas palabras:

Hero-María Victoria, Leandro Eugenio. Sin embargo, me falta valor. Creo que llegaría a envidiar la felicidad de mi camarada. Francamente, no me atrevo.

CAPÍTULO CUARTO

EUGENIO ME DESCUBRE EL MAR

I

He ido a visitar a Eugenio. De mi ciudad a la de su veraneo hay unos cien kilómetros de camino verde y montuoso. Ya en tierra vasca he meditado sobre la necesidad absoluta que tengo de comprender a San Ignacio. Pienso que Eugenio con su visión audaz, me lo hará comprender todo en un gesto. La entrada en la ciudad me desencanta. Encuentro demasiado asfalto y demasiados guardias municipales con quepis. Adivino antiguas murallas, y un odio grandioso me asalta el pecho al ver destruidos bastiones que mojaron sangre de soldado. La civilización pacifista -la del progreso indefinido- lo subordina todo a la higiene y a los ensanches. Como si no estuviéramos en el secreto de la higiene. Son tal mal educadas las gentes que se ha tenido que inventar el precepto higiénico para impedir que escupan en el suelo. Y los ensanches: la piqueta civilizadora sustituye a la carga de conquista. Cuando no se puede dominar, se abulta la ciudad por los horizontes que deberían ser Campo de Marte. Qué asco de pacifismo y de progreso indefinido, juro. Y con la maleta al brazo sigo hasta la pensión. De allí, en un salto alegre con paso rítmico, a casa de Eugenio. Me brinca el recuerdo. (Una vez, el bien engendrado me dijo:

- Tienes paso militar. Verdaderamente eres el alma de un capitán de los Tercios encerrada en el cuerpo de un poeta puro. – Al día siguiente rompí mis absurdos versos, y notando que algo me nacía muy hondo y muy fuerte, me hermané en la Falange.)

En todo esto voy pensando mientras marchó hacia casa de Eugenio.

II

Me lo he encontrado en la puerta. De repente. La sorpresa es soberbia y los dos nos hemos abrazado estrechamente. Con esa difícil técnica del abrazo sincero. Como si nos viéramos cada día, la conversación no ha sido de tópicos. En realidad, no hace un minuto yo ya estaba con Eugenio.

-El abrazo es una serie de palmadas irreverentes y ridículas. De excitación meridional, de manoteo. Pero cuando dos camaradas como Eugenio y Rafael se abrazan, es rito emocionado y oferta de los brazos para la ayuda que nace al tacto de los codos, de uniforme y firmes.

-Por eso – ha dicho Eugenio – no existe táctica en nuestro abrazo. La táctica es problema intelectual, y el nuestro es golpe de sangre, arriba de corazones. Igual que todo nuestro ideario: corazón. Y luego viene, segura, la táctica. Pero naciendo del corazón. Todo lo que nos conmueve entra por las venas, en borbotón caliente. Todo en la vida, hasta la muerte, es problema de corazón. Lo que pasa después es que viene el raciocinio frío, casi arquitectónico, madurando la fruta del impulso.

El camino se nos abría para los dos. Me llevaba hacia el Mar. Recuerdo ahora en la soledad lejana de su retrato sus palabras exactas que relumbraban como armas al sol. Cuando alguna vez hables de mí en tus versos si citas al Mar, cítalo con mayúscula. Es la puerta de España que da directamente al mundo.

Estaba atardeciendo, y yo cedí al halago de lo suave, que me acariciaba como una amante. Eugenio miró al Mar.

-No es momento éste para ver lo que tú llamas dios de los remeros.

*(oh Mar, oh dios de los remeros,
tradúceme la tarde, el signo y el momento).*

Ya lo tienes traducido. Es débil el Mar en estas horas de chocolate burgués en las terrazas. El Mar es fuerte y quiere navíos. Siento haberte traído aquí, a estos minutos decadentes. Pero el olor de la brisa me llama siempre con un repiqueteo insistente de teléfono.

– Pues la brisa, camarada Eugenio, también es decadente y barroca y retorcida.

Miró al aire y al Mar. Luego, sin verme, fijo en el horizonte limitado.

-¿Me crees capaz de ablandarme ante la brisa? Yo la quiero como un premio a la navegación, al rudo vuelo largo de la nave.

Comprendí que por hacerme – a mí, a nosotros, camaradas- fuerte, renunciaba a una debilidad querida. Por eso lo alejé de la brisa y lo acerqué más al Mar. Llegó a meter las manos en el agua pronunciando para él sólo las palabras del alto rito militar con que soñaba:

- En el nombre de Dios y del César.

Eugenio acababa de tomar posesión del Mar. Yo pensé en aquella mañana de gloria, cuando me dijo –en Madrid – que olfateaba el Mar en todas las esquinas.

III

Esta ciudad, que tiene el Mar en las afueras -donde las demás ciudades tienen un parque- es cariñosa y moderna. El cariño la hace familiar, y su estilo cosmopolita, allí dicen moderno, la estropea, dándole un esquinazo decisivo. Eugenio me la va definiendo.

-Es una ciudad cobarde para la vida. (Y me lo dice al pasar junto a un café concurrido.)

– Es hermosa como una querida del siglo XIX. (En el preciso instante de ver junto a nosotros una mujer ambulante de ringorringo decimonónico.)

-Es cosmopolita. (Paseaban turbas de idiomas bárbaros como ofensas rápidas de conversaciones tomadas al perfil.)

– No es universal. Ni católica. Ni española. Y tiene nombre de santo herido por flechas. ¿No es esto profético?

(Cuando yo veía arqueros uniformes hiriendo el cielo de la ciudad con divinas flechas de castigo.)

Pero a Eugenio le encuentro cambiado. Parece decidirse más a la definición que a la violencia. Al preguntarle me esquivo hábilmente; para mí la esgrima mental es terrible. Eugenio mismo me ha enseñado el arte de pensar violentamente, y ahora resulta que sabe de reservas, y estudios, y fintas, y ataques de flanco. Pero todo se aclara:

– Te confieso, Rafael, que fui débil en el juego de la manzana. Me enseñó el regusto de la vida y casi pensé en abandonar la muerte. Tuve unas horas trágicas de brisa y atardecer. Y algo como de deseos otoñales. He vencido Rafael. En toda la línea. A costa de sacrificios. Y, camarada, podré entregarme al servicio sin vacilaciones. Te aseguro que ya pasó la debilidad y que mi jaculatoria es aquella de santo Dios, santo Fuerte, santo Inmortal.

O sea que ya no existe el problema dulce de la personal primavera. Por cesión trágica, Eugenio otorga su personal primavera a cambio de la primicia de la sangre. Dios haga, Eugenio, camarada el bien engendrado; que la tuya sea fecunda. Eugenio ha dado el ejemplo a todos nuestros jóvenes camaradas que abandonan la novia por salir a buscar la cita arriesgada del peligro, que es más fuerte y más deseado en la hora de la vencida.

IV

En mucho tiempo no pude acostumbrarme a prescindir de la primavera personalísima de Eugenio. Era tan hermoso ver un amor adolescente caminar adelante casi sin ver nada, haciéndose serio de la misma manera que se cuelan los mayores años en la cara y en el alma del hombre. Día a día, atenderlo, para en un momento sorprenderse con el trigo maduro, como los campesinos Tardé bastante en saberlo y nunca podré recordar cómo ni cuándo fue, porque aquella otra tarde en mis diálogos con Eugenio -indudablemente, una tarde- fue romántica. Es terrible, pero es verdad: estábamos tristes una tarde de otoño, como un Musset cualquiera.

-Un día, habló Eugenio- llegamos a ir al cine. Hasta entonces nos bastó con el campo, las márgenes del río y las palabras al alimón. La primera cobardía, renunciar al aire por miedo a la lluvia, y quizá fui yo el más temeroso de la humedad. Un amor que nació clásico, bello, empezó su descenso redondo en la sala del cine. En adelante su belleza era como comparar la primera declinación latina con las ruinas solemnes de Roma. Había que levantar otra vez el espíritu moribundo y poder jugar el poema que comenzó bajo el manzano. Y tenía que ser a costa de sacrificar mi amor adolescente a ese otro amor que me brotó un mes de mayo. Así volvieron a nacer Hero y Leandro del pacto que otro día firmaron María Victoria y Eugenio. A la manera de viejas consejas áulicas, le pedí para mi guerra el pañuelo bordado de su real presencia en el sacrificio.

Verdad es que fui un poco indiferente al contestar a Eugenio.

-Eso es someter el corazón a la ordenanza. Pero el auténtico corazón: ése que sólo es de uno mismo y que marca igual amor en la sala de un cine que en el séptimo cielo. Equivocaste Eugenio...

-Pues aplícate el cuento que nunca llegará a ser nupcial para el amor de tus letras. Stendhal decía: "Yo leo todas las mañanas una página del código para tomar tono." Decid vosotros, poetas, que no queréis un grado más en el sacrificio, todavía cobardes poetas puros: yo leo la ordenanza al amanecer para vivir la mañana y combato al mediodía para escribir después del toque de silencio.

-O para segar un amor que nació por el río- acabé, y seguimos tristes. Él, con la satisfacción de un grave deber cumplido. Yo con la de comprenderle, avergonzado de no haber tenido fe en su norma ejemplar.

CAPÍTULO QUINTO

PEDAGOGÍA DE LA PISTOLA

Y volverá a reír la primavera
que por cielo, tierra y mar se espera.

Estaba yo en mi cuarto, tumbado sobre la cama, repasando la lírica no ciencia de Bécquer, porque había encontrado en un alejado rincón de mi cartera un retrato de Ursulina, novia mía de los quince años. Precisamente anotaba en una cuartilla la relación de Bécquer con las novias ursulinas de los quince años y nuestra generación hecha dolor en el primer día universitario, cuando entró Eugenio. Y como él sabe hacerlo, en tono de amigo diálogo, me abrió una zanja -más que zanja, profética trinchera – separando irreconciliablemente al pobre Bécquer de mis aficiones. Todo transpiraba gozo aquella tarde y yo me inclinaba a admirar las obras de los buenos sentimentales. Comprendía con claridad el grave apuntamiento de burguesía. Con gusto hubiese leído las rimas de Bécquer en cualquier rincón solitario de cualquier parque decimonónico y decadente. Pero Eugenio no da tiempo a nada. Sus ojos adivinan debilidades y acude a la brecha. Siempre en revolucionario y no tolera que los demás piensen de modo distinto a él. Por eso ahora, conociendo mejor que yo mi hora confidencial y lenta, dice atacando lo más quebradizo de mi espíritu:

-Uno se lo explica todo cuando dispara el primer tiro.

Entre los camaradas nadie ignora que Eugenio es de armas tomar. Todos le saben combativo; pero nadie, solamente y solemnemente yo, aprende de él que un primer tiro es magisterio de vida y costumbre. Sin quererlo, dejo reposar a Bécquer sobre la cama, y, mientras me pongo la chaqueta, vuelvo y revuelvo la peregrina idea del pedagógico tiro. Eugenio me lleva a pasear.

-Cuando apreté el gatillo para tumbar al comunista que me ofendía, había recorrido ya la vida inverosímil. Es decir, esa pequeña vida que no figura nunca en la historia de los hombres célebres, y de la que no nos acordamos nunca porque estamos seguros de no haberla vivido.

-La vida de la anécdota- insinué.

-No. Una anécdota suele recordarse. Yo hablo de la vida inverosímil, que te sorprende al conocerla, y de la que sólo el primer disparo te da la segurísima convicción de que la has vivido. Figúrate, Rafael, que en ese tiempo breve de apretar el gatillo yo recordé cuatro cosas estúpidas, perfectamente estúpidas, pero que tenían el valor del reconocimiento. Todos los días, desde que naces, ves a tu padre. Es una presencia a la que te acostumbras. Y, sin embargo, ¿no llega un día en que piensas de repente: Este señor que come sopa junto a mí es mi padre. Mi padre. Y repites la palabra: padre, padre, padre, queriendo encontrar un hondo sentido en las cinco letras? Pues algo así es el primer tiro. Fíjate en qué cuatro cosas me asaltaron.

Me alargó una cuartilla. Vi su letra firme, y, mientras él encendía un cigarrillo, leí:

«Pedagogía de la pistola.»

«Cuando apreté el gatillo ante aquella figura ridícula que me amenazaba con la navaja, pasaron por mí cuatro momentos de lo que llamaré, desde ahora, mi vida inverosímil.

1.º En un viejo teatro dedicado al cine. Por la pantalla pasa un coche entre nieve abundante. La nieve lo va cubriendo hasta que desaparece, absolutamente tapado. La gente ríe a carcajadas. Yo, con mis buenos cinco o seis años, sentado entre dos amigos, uno de ellos mayor que yo, preguntó: ¿Qué es esto? Y el amigo mayor, que usa gafas, me dice: La cómica. Esto es la cómica.

2. Voy al colegio de prisa. Hace frío y un viento cortante hiere mis siete años escolares. Me encuentro con un compañero. Dice: ¿Vamos a Jugar a la calva? Y yo aterido, me marcho con él, diciendo: Los que van a clase son unos «cobardes».

3. En el patio de la escuela jugamos a las películas del Oeste. A partir del final emocionante del episodio dominguero, nuestra imaginación continúa las aventuras. Nos revolvemos furiosamente por el suelo y el polvo se adueña de nosotros. Lejos pasa el maestro, leyendo. Un chico de la clase superior se echa encima de otro y grita: Tú, que eras la buena. Le da un beso en la mejilla y se pegan dando chillidos.

4. En el primer año de Instituto. Paseamos la mañana de enero con juegos de claustro. Alguien me ofrece un pitillo. Cuando estoy fumando, cruza la galería superior un catedrático amigo de mi padre. Y sin poderme contener aliento fuerte y, señalando el vaho, en voz alta: ¡Qué frío hace!, digo.

Estos cuatro momentos eran inéditos para mí hasta el pedagógico instante de disparar el primer tiro. Acaso asaltaron mi cabeza por ser los primeros síntomas de una vida burguesa o de una vida de rebeldía. De los cuatro episodios uno podría ser fermento revolucionario: aquel que hacía gloriosa la falta a clase. Otro, el del cigarro, episodio del temor y la mentira. El del cine, algo como de vida burguesa. Y el del juego en el patio de la escuela, podría ser episodio sexual; de infantil preocupación solucionada con golpes y gritos, mientras el maestro, ajeno a todo lo que no fuese abecedario e Historia Sagrada, leía un periódico. De lo que estoy absolutamente seguro es de que arrojé por la borda, con estos cuatro recuerdos, los rastros y reliquias de una vida pasada. Lentamente. Porque ya soy hombre de acción. De choque. Estoy seguro de que la conciencia no me remuerde por haber matado a un hombre. A un comunista.»

Devolví la cuartilla en silencio. Seguimos paseando. Yo repetía dos palabras: es absurdo. Eugenio me miraba como esperando algo más que aquel juicio. Por fin, me aseguró que, en efecto, era absurdo, pero, desde luego, más enteramente que los gemidos de Bécquer. Casi sin hablar nos separamos. Intenté volver a las rimas. Intenté reanudar el trabajo de relacionar a Bécquer – novio de todas las ursulinas del universo – con nuestra generación. Me machacaba la frase: “La cómica. Esto en la cómica.” Rompí las cuartillas desesperado. Y cuando apagué la luz para dormir solté la carcajada. Había conseguido aclarar la cuestión becqueriana. Sus muertos se quedaban solos. Y los nuestros, no. Forman guardia. Siguen en la hermandad caliente de cada corazón. En el momento odié a Bécquer y admiré más a Eugenio. Cuando al día siguiente le dije que las rimas eran burguesas como un té con pastas, Eugenio rió también alegremente. Ninguno de los dos nos acordábamos ya de los cuatro recuerdos. Estábamos conformes en que el magisterio de la pistola era una asignatura más en la ciencia de ser hombre. Luego me convencí: los cuatro recuerdos eran el lastre del vicio surrealista. Y el surrealismo, como el opio y el whisky, es burgués. Rastros de burguesía.

CAPÍTULO SEXTO

DISCURSO DE IMPERIO EN EL MES DE OCTUBRE

I

Adolescente todavía la mañana llegamos a El Escorial. Hacía frío: el clásico frío del candil. Era un doce de octubre y huíamos del Madrid chabacano; nos asustaban los chaqués y los ramos de flores y los floridos discursos. No sé por qué habíamos soñado siempre en dar al mar, en ese día, la gracia de una proa inédita: y a nosotros nos daban mazazos oratorios que ni siquiera eran cursis. Bajo el brazo, donde la cartera de los libros, la grasienta biblioteca del excursionista. Y en la boca, el Imperio: sin llorar pasadas glorias, jurando nuestra fe de las novísimas. Fuimos lentos, maravillosamente lentos, hacia la silla de Felipe II: sin hablar y de a uno. Sólo Eduardo dijo que parecíamos una guerrilla en marcha, y entonces calentamos el aire cantando al camarada muerto. Las voces formaban entre los árboles y las rocas de a tres:

«Yo tenía un camarada...»

Todos lo teníamos. Eugenio cantaba también y yo quería verle los ojos y oírle el pecho. Pero mi paso iba conducido por el suyo y no me atrevía a quebrar la formación. Una formación es algo muy serio. Después seguimos en silencio, guiados por el sonido militar que arrancábamos al suelo. Quizás fue el nuestro el mejor espectáculo de aquel doce de octubre. Al fin, el suelo comprendía el homenaje: le sonaba a conocido y amado. ¿Verdad Eduardo?

II

Arriba, entre la sierra y el frío; abajo, el doble viento escurialense diciéndonos estática grandezas, graníticas. Y respetando la tradición hicimos corte al fantasma de Felipe II que no se nos acabó de aparecer nunca y estaba junto a nosotros. Partimos la ración y la palabra –era una charla alegre-, y de la bota manaba la fortaleza de un clarete ribereño. Sobre El Escorial, vino cortésano: Olite. ¡Sabía a gloria el clarete de Juan José! Encendimos los cigarros y en plena liturgia del humo que no distrae, se fueron leyendo versos. Los versos dolientes de José Antonio, románticos como la palidez de su antepasado Chestre. Los de Eduardo, los míos. Y al final brotó, en el centro del corro, como una consecuencia lógica del aire y la tierra y la roca, la palabra soberbia: Imperio. Sólo entonces habló Eugenio:

-España marcha entre la arenga y la interpelación, entre el sermón y la conferencia. Entre lo sacro -iglesia, milicia- y lo laico de un ateneo. Entre Hernán Cortés y el cursi de Castelar. Por eso, a los que no discutimos nos nace el Imperio en los ojos. Nuestro Imperio, que es misión proletaria: madura misión de unidad asentada a la sombra de las espadas. Sólo los Estados pobres son guerreros por vocación, y como la fuerza de la Falange es la pobreza peregrina -así lo dijo en su prosa Rafael Sánchez Mazas-, el Estado falangista tiene meta imperial, o no tiene meta; que imperar es

empezar la obra todos los días y no descansar más que en campamentos y andar siempre, adelante, con ojos y armas vivas. España, la nuestra, exalta en el mes de octubre todas sus revoluciones y sus símbolos y sus gritos y sus caídos. Principia el mes en el signo mediterráneo de Lepanto, cuando el Papa rezaba para nuestras naves y nuestro Juan, enviado por Dios. Y luego, en el doce día, se rezan triples oraciones nautas. Y en el veintinueve, el comienzo de la revolución, la primera voz de José Antonio - acostumbremos a llamarle César-, la sangre de los caídos. Y en el mismo mes hablamos de Roma materna y de legiones negras del Dux. Octubre es mes proletario, imperial. Que también Rusia, el otro imperio, rojo, de Asia, el poder enemigo, celebra su fiesta aniversario en octubre. Pero España, por divino designio, canta dos imperios en esta fecha: aquel que comenzó un doce de octubre, para acabar en la tristeza sucia del 98, y éste que dio el primer paso un veintinueve de octubre de mil novecientos treinta y tres -¿os acordáis vosotros, los que lo visteis nacer en un teatro?- para no acabar nunca, en signo de novedad y de peligro. Ahora estamos en horas adversas: somos la juventud elegida. Pero ved los puños y las pistolas que combaten consiguiendo lo que no pudo conseguir todo un pasado tiempo de pacto y ensayos y discursos y elecciones. Ofrecen los hombres liberales la reforma local, pequeña. José Antonio, la muerte: el Imperio. Y siendo más fácil edificar un quiosco que fundar un Imperio, he aquí que la gente hispana va prefiriendo morir por un Imperio a vivir alrededor de un quiosco. Nuestros campesinos, nuestros artesanos, nuestros estudiantes son así: Dios los hizo para su mayor gloria. Quizás Dios nos reserve una gloria sangrienta que ni los profetas pueden adivinar. Asearemos España para poder más tarde asomarnos, pechos sobre balcones, universal diálogo, mientras que acabamos de construir una ventana. La ventana gozosa de echar la casa por la ventana. El universal diálogo correrá suerte de monólogo, oración o sermón, o verso, o voz de mando. Católica voz de mando. Y esto que ahora os voy a decir, solemnemente, desde un mes de octubre, porque sólo desde un mes de octubre se puede decir, también será realidad en la revuelta del tiempo: la Falange hará el Imperio. Como está haciendo la revolución: en su minuto exacto.

-Hoy hace los años que, más allá del Mar, un puñado de hombres sabía ya que el mundo iba a asombrarse: ¡qué doce de octubre!

- ¡Se alcanzó, qué doce de octubre, Eduardo, el dominio del Mar! Y en Trafalgar, otro octubre, lo perdió de mala marea Villeneuve, que hasta para bien perder un Imperio hay que ser español. Haremos el nuevo Imperio: su razón es la de los acorazados y los poetas. La Falange os quiere con vocaciones marineras y gestos y gestas marineras y vocablos marineros.

*Qué me importa morir, camaradas,
el morir es vivir en los rumbos,
en el léxico extraño del nauta,
en la rosa del viento,
en la gloria imperial de la Mar.*

Tenemos el impero rodeándonos, tentándonos la ambición, junto a casa, donde otros estados tienen frontera. A nosotros nos rodea el Mar y España tiene en la geografía y en la historia tradición también marinera: proa de Europa, tajamar de Europa. Abordamos al África por nuestros mediodías. La Falange hará el Imperio porque es misión de España y la Falange, que nació en octubre, quiere en otro octubre hacer la profecía. La Falange hará el Imperio. Para entonces habrá en España unos maravillosos viejos, sentados en las aldeas y en las urbes y en los puertos, que charlarán guerras y

harán cátedra de la cicatriz. El diálogo familiar de España no será ajeno al vocablo marino: jarcias y velas y cabrestantes y rumbos y bitácoras y todos esos nombres que aún no sabemos ahora. Habrá cartas de navegación y relaciones de viajes. Y almirantes de Castilla y virreyes por el mundo. Y este diálogo de los viejos maravillosos -en cada aldea, en cada urbe, en cada puerto- con los jóvenes que traerán aires lejanos, ultramarinos, de fuera de la metrópoli; recuerdos barrocos de marinero y esencias y pájaros raros, sonara extrañamente en los oídos del mundo. Porque el mundo sabrá que los jóvenes tostados de intemperie marina serán, en su día, viejos que hablarán con otros jóvenes; cadena sin fin de las generaciones en una misma canción. El diálogo familiar de España sonará desde fuera a voz de mando: a orden. Ésta es la profecía de la Falange en todos los meses de octubre. Y para el rito, ved la oración, camaradas: el Mar nuestro de cada día, dánosle hoy.

Acabó Eugenio mirando lejos, imantado de norte, cara a la sierra. Cada uno de nosotros montábamos guardia a sus palabras, porque -qué certeza tan serena- el cielo tenía el color de esas tardes favorables a la profecía. La garganta reclamó bebidas fuertes para la maniobra. En un bar del pueblo descorchamos una botella venerable que alguien indicó licor marino. Hasta al bar fuimos alta la cabeza y altísimo el silencio.

CAPÍTULO SÉPTIMO

EUGENIO CONTESTA A UN PASQUÍN

I

Eugenio no sabe estarse quieto. Allí donde va, la revolución hace presencia. Siempre tiene algo más que cumplir y cuando todos aseguramos: esto se acabó, Eugenio nos mira con ojos apesadumbrados y se separa de nosotros. Al día siguiente un camarada nos cuenta la novísima y nocturna hazaña de Eugenio. Pero esta última ha sido estupenda. Heroica. No hará diez días, Eugenio tomó el tren para su Ciudad: le reclamaba su familia con ocasión de un rito anual. Ayer reímos juntos, todavía en el andén, la aventura provinciana del revolucionario Eugenio. Luego, al saber la consecuencia, he compadecido a mi camarada y él ha rechazado la compasión como una limosna deshonestas.

Apenas en la ciudad Eugenio quiso distraer el aburrimiento. Le desesperaban aquellos estudiantes libres dedicados a la busca, y no podía aguantar el billar ni el julepe, ni las húmedas horas del paseo. Me escribió una postal diciendo que la troya antediluviana se había refugiado en ciudades no universitarias. Una noche, cuando volvía a casa burlando escoltas de lluvia, le sorprendió la ocasión frente al ateneo comunista. Una verdadera ocasión de romance: como en aquel otro siglo XV partido en banderías y ausente de unidad. Estaba ante él, esperando el audaz consonante de Eugenio, el morisco de los tiempos. Veía, airado, deshacerse el pasquín comunista entre el agua y el miedo y la indiferencia. Gritaba en las letras tópicos irresistibles: era un resumen de la postguerra europea. El vicio fatalista de Remarque y los cuatro tristes infantes alemanes. Generales negociantes que mueren en la cama con fiebres de ajedrez: y carne de cañón y sucias cuquerías burguesas. Eugenio no lo pensó más y, considerándose aludido personalmente, decidió contestar el pasquín que los comunistas de la ciudad exhibían como muestra de arte revolucionario. En casa emprendió su tarea de buen aguafiestas: bajo un haz de flechas en el yugo, rezó el avemaría ardiente de los nuevos modos:

“Madres: Parid hijos para la Patria. Está cercana la hora de asaltar el prestigio y la admiración del mundo con el gesto rebelde de nuestro pecho. Que vuestros hijos, madres de España, sean, en el momento preciso, carne de cañón. Salvaremos la Patria en la gracia de la revolución. Redimiremos la tierra de Gibraltar. ¡Arriba España!”

Eugenio secó la gruesa letra de su pasquín y se lanzó otra vez a la calle, en dirección del ateneo comunista. Allí colocó su limpio grito encima del absurdo banderín. Y hasta tuvo la humorada de clavarlo en la puerta con un cortaplumas. Eugenio durmió con la misma tranquilidad del caballero sitiador de Granada después de introducirse furtivamente en el enemigo reducto para asegurar angélica salutación en la Alhambra.

A los dos días, Eugenio, que había paseado solo por los arrabales de la ciudad, sin jactancia ni provocación, leía los comentarios de la prensa provinciana. En un sector – el sector cuidado, frente a frente- le señalaban precisamente a él como autor de la respuesta. El otro sector abundaba en precauciones burguesas, anunciadas ya desde su viejísimo origen en el subtítulo de “diario independiente”. Cierto es que Eugenio consiguió lo propuesto, aventurándose al peligro con estilo de lidiador. Y hasta dicen

que en todas las jóvenes tertulias de la ciudad se guardó un minuto de charla para Eugenio y sus camaradas. Aquel día fue famoso en los anales raquíuticos de la amurallada urbe que veía marcharse España con dolor indiferente; sin querer jugar ni a la pena ni a la gloria.

II

A los padres de Eugenio les molestó la hazaña de su hijo. Y Eugenio, puesto en el trance de elegir entre su casa burguesa y su deber de revolucionario, ha elegido, sin lanzar al vuelo monedas cobardes, la hermandad de la Falange. Y he aquí, camaradas, que Eugenio abandona las aulas para trabajar. Y cambia las normas por las armas. En el duro servicio de la ley. Y del pan suyo de cada día.

CAPÍTULO OCTAVO

NOSOTROS, LOS UNIVERSITARIOS

Sucedió lo que sigue cuando nosotros, los universitarios, jugábamos al balón y traducíamos a Xenofonte. El relato es nervioso y me acuerdo de aquellos magníficos camaradas que ya ni jugarán al balón ni traducirán a Xenofonte. Que su alta guardia no da tiempo a divertidos y clásicos menesteres apartados de la milicia. Mientras aquí, sobre la tierra, continuamos su tarea, me asalta un imponente deseo de vengarlos.

I

He cerrado mis libros. Estoy cansado y voy a sumergirme en el rumor de la ciudad, con definitiva vocación de paseante. Eugenio me espera después de su trabajo. Vamos andando en silencio. Por la Gran Vía circula la prisa. Eugenio, que ahora lee un libro sobre San Ignacio, dice sin mirarme:

-Es una gran verdad: San Ignacio no tuvo sentido estético. Hubiera derruido el Partenón durante una fiesta pagana. ¿Seríamos nosotros, estudiantes de arte, capaces de hacer lo mismo?

Y yo, cobarde, en lugar de dar la respuesta única, tomo dos entradas para cualquier espectáculo cómodo.

II

El autobús va lanzado entre naranjales. Desde el mediodía, éste es el paisaje que vemos aun cerrando los ojos. Hay por el aire un olor de poemas redondos, vedados a nuestras plumas ardientes. Queremos respirar el Mediterráneo con suavidad para ir aprendiendo a mirar más lejos. La calma: ahora el autobús trasciende a carabela. Y al tocar puerto amigo -plaza de Castelar, Valencia-, los periódicos vocean noticias recientes: disolución de Cortes. Elecciones.

III

La noche del nuevo año la pasamos orilla de latinidades. A la salida de un baile maldecimos la colonización sajona: smoking. Ponemos la chaqueta al brazo y la corbata aspira a gallardete. Cara al mar el año nuevo como un propósito,

*al Mediterráneo no:
es un ave de corral junto al Levante español.*

recita Eugenio al dar las doce. Y es mi verso la felicitación del primer nuevo minuto.

IV

-Ha estado mi padre. Mañana vuelvo a la Universidad. Mi familia acepta resignada un hijo revolucionario. Además, me compra un traje, una gabardina y una pecera. El traje y la gabardina me hacían falta. Ya sabes que vendí mi guardarropa mientras buscaba trabajo. En cuanto a la pecera, todavía dudo: no sé si es un capricho surrealista, una afición frívola o una manera nauta de poner condiciones.

V

Enero se ha vuelto del revés. Un tibio sol que nos regocija a todos alegra la salida del latín. Apenas sé de qué habló el profesor. A todos los del banco nos bullía la ocasión de un campo propicio a jugar al fútbol. Prescindimos por hoy de filosofía. El catedrático puede pasar sin nosotros. Por lo demás, no nos interesa en absoluto el imperativo categórico. Enfrente, los titanes de Cuatro Caminos nos amenazan. Qué lejos el odio de estos días. Jugamos hasta sudar bárbaramente. Una patrulla de caballería se lanza por los cortados de la Ciudad Universitaria. El joven oficial que la manda saluda a Eugenio levantando el brazo. Eugenio, aprovechando un regate que nos burla a los dos, susurra desde tierra:

-Se gana el cielo con la espada.

Y, poniéndose en pie, entra violentamente a un delantero. Con demasiada violencia. Como si esperase ganar el cielo deportivamente.

VI

Huelga universitaria. Nuestros camaradas de Cataluña se han batido contra los estudiantes separatistas. “Haz” de esta semana proclama la ruda consigna de no hacer más destrozos que los que puedan conseguirse en cabezas adversarias. El decano cruza los pasillos. Policías y matronas esperan encontrar la revolución en sitios incongruentes. Eugenio se ha lanzado contra un grupo F.U.E y los gritos de combate nos excitan hasta que vencemos. Alguien ha logrado alcanzar la nariz chata, de “pelusa de melocotón”. Si no fuese porque sangra estúpidamente, me creería en pleno deporte. Pero ese muchacho parece destinado a estropear las cosas. En la carretera comentamos la coincidencia: por ahora hará un año que los obreros nos sitiaron en la Facultad. Aquello fue bastante más serio.

VII

- Si a los veinte años estamos en condiciones de jugarnos la vida por la Patria, ¿a qué negarnos baza política?

-Nos llaman bárbaros y pistoleros.

-No saben que la civilización se defiende a tiros.

-Tienen miedo y quieren hacer de nosotros unos cobardes. Nos educan en el pánico. En la filosofía liberal, pacifista y burguesa. ¡Qué asco!

Pero el remate absolutamente atlético corresponde a Eugenio:

-El miedo, camaradas, es un prejuicio pequeño burgués.

Enfrente de la cárcel seguimos escuchando a Eugenio su teoría de la conquista y colonización del miedo.

VIII

A veces, cuando nos preguntan los años respondemos aumentando en dos o tres los vividos. Nos da vergüenza que pueda saberse la consciente cobardía de los que se inhiben en la defensa de la Patria. A nosotros nada nos importa. ¡Es tan bella la incomodidad de los campamentos!

IX

Me he pasado la tarde contándole a Albincho lo bien que suena el himno en los pasillos de la Facultad. Esta mañana, dos escuadras de estudiantes y ferroviarios han asaltado Filosofía. Los cristales rotos pusieron sonido rotundo en las aulas ginebrinas. Un profesor hebreo ha espantado sueños antisemitas. Sus barbas levíticas han oído cosas terribles. El camarada que disparó la detonadora está en la Dirección General de Seguridad. Juan José, Albincho y yo vociferamos frente al «Heraldo». Camino del barrio, los tres vamos cantando con voz de ciego:

*¡Ay, mamá Inés; ay, mamá Inés!
Que Villalobos...*

X

En Madrid la lluvia comienza a pesar. Por hoy nosotros bendecimos la lluvia, que nos permite comprar baratas tres generales del Stadium. Un poco antes de salir al campo el equipo de España, Eugenio está con nosotros. Le presento a Albincho y los dos se entretienen en alegrar el cielo negro de los paraguas con emblemas de la Falange. Acabamos todos por divertirnos de la misma manera.

XI

Eugenio, Juan José y yo llegamos al local de Santo Domingo en el preciso instante de salir José Antonio. Ante la guardia formada:

-Que esta noche –dice- no quiero un rasguño en carne falangista. Los de la Jap se las arreglen. Mañana hablaremos nosotros.

Madrid se consume en comentarios. Recorremos los colegios electorales; hay lista en la que figuramos con diez votos. Después de todo, qué nos interesa el sufragio. Hemos de ganar a tiros. Lo lastimoso es que se acabaron las escuadras del engrudo.

XII

No transcurre un día sin enterrar algún camarada. Al salir de la iglesia nadie nos detiene. Y nuestra manera es violenta. En honor del caído paralizamos la imbecil civilización de los tranvías y los bares automáticos. A última hora, cuando hemos cerrado con el puño más de una boca, los de Asalto nos disuelven.

XIII

Las vacaciones de Semana Santa me tranquilizan un poco. No sé nada de Eugenio. He tenido que marcharme de Madrid sin despedirlo. Y he aquí que cuando la luz del Jueves Santo provinciano me ha hecho tanto bien -he escrito un verso-, leo en el periódico la detención de Eugenio. Rompo el verso de paz, que era como una absurda bandera blanca, y me echo a la calle, la boca llena de palabras de combate. Encuentro a los amigos junto a una tertulia de café, enemiga, y con aire jaque mirando sobre el humo, buscando pelea hablo alto:

-Cuando vuelva, en el verano, vamos a barrer esta canalla en el monte. A ver quién es más hombre.

Por las calles del Jueves Santo ya circulan dolorosos romances de guerra civil. Es como si alguien hubiese escogido este día para clavar en las esquinas la proclama de la violencia, porque ya han matado al Justo. Rezo a los pies de Cristo, sangrantes los dos. Quisiera ahora una matanza implacable. Recuerdo el día dos de febrero, en que todos nosotros pedíamos la gracia del combate a la salida del “Europa”, después de oír a José Antonio. La noche, oscura, como otro Jueves Santo lejano, me trae la visión de la tertulia enemiga, siguen jugando estúpidamente, ajenos al laurel y a la violencia. Ambiciono, como un trofeo, sus iras con el rabillo del ojo. Llegué a casa ciego de rabia, reclamando el valor necesario para manejar una pistola. En todos los Jueves Santos tengo un sueño de sangre que acaba con la gracia universal del olivo. Las rodillas en tierra, rezo suavemente.

XIV

Llego a Madrid encendida el alba. Cuando despierto, todavía dura el olor imperial de la pólvora que atormentó la cochambre de un aniversario republicano.

CAPÍTULO NOVENO

PROCLAMACIÓN DE LA PRIMAVERA

Las rosas blancas por allí sembradas
tornaba con su sangre coloradas.

GARCILASO, *égloga tercera*

Eugenio me ha escrito desde la cárcel. Nada de lo que dice en mi favor es interesante. En cambio, qué hermosa seguridad la de su despedida: Y te juro por Dios que venceremos. Así, sin adornos ni admiraciones. Con la galanura clásica de nuestro estilo. Su léxico duro me dice que es verdad. Nunca mintió Eugenio; desde su personal primavera; desde que me descubrió el Mar; nunca habló más que verdades y profecías. Luego supo batirse –él, adolescente– con rango viril. La carta recibida me da tanta confianza, que salgo tranquilo de la Facultad. Si registrasen mi cartera encontrarían más de un motivo razonable de detención.

I

Eugenio cayó en el borde mismo de la mañana. Probablemente en aquella hora sus camaradas asaltaban alegremente el autobús de dos pisos: el bajo para trasladarse; el superior, para soñar mares y marinerías -había dicho-. Probablemente en aquella hora esperaban impacientes de consignas, a la puerta de Arte, sus anécdotas de presidiario y sus órdenes de enlace. Sus palabras afiladas en el reposo. Y Eugenio sabía que todo estaba consumado. Que era ya imposible dar alcance a la vida en fuga de sangre. Que la guardia de los últimos cielos aguardaba cercana y clara. Porque sobre el asfalto urbano había un joven más, dispuesto a crear manzanos de gracia -las dulces manzanas de la otra orilla, en riberas de Hero, junto a la vida- en las calles absolutamente proletarias. Se acordó de repente: *mientras yo he luchado un año, desde que presentí mi vocación de caído hasta hoy, han transcurrido exactamente trescientos sesenta y cinco minutos de filosofía en los calendarios burgueses de la indiferencia. Ellos siguen ignorándolo todo. Y se gozarán una vez más, hoy mismo, en la delicia estúpida del minuto...* Pero Eugenio sabía de su propia presencia. Y los ángeles custodios –ángeles deportistas y luchadores – le cantaban en los oídos bellísimos romances de muertos. Y le hablaban, para que no sintiese excesivo orgullo, del deber de los que siguen viviendo. Eugenio sonrió al pensar en su vida; él nació para morir precisamente bajo el sol temprano de mayo, cuando los árboles daban sombras descifradas y mensajes de todos los que pensaban en su juventud. Eugenio soñó la venganza: diez cadáveres de hombres enemigos morderían sangre antes de que se ocultase el sol. Y soñó el alba heroica. Y la cumplida justicia. Y una existencia alegre, morena e imperial. Por todo esto, Eugenio, inclinada la cabeza sobre el borde mismo de la mañana, entregó veinte años sin estrenar, por la Patria, la Falange y el César.

II

El álamo, el laurel y el mirto callen.
GARCILASO, *égloga segunda*

En la Facultad nació el rumor de golpe y nadie sabía el belén triste de aquellas palabras. Fue rápido el rumor; y la angustia. Era dos de mayo en todos los calendarios y primer día de sol en las más altas azoteas. Eugenio había caído en el borde de la mañana, al recorrer su habitual camino universitario. Dos pistolas comunistas hirieron su ímpetu madrugador. Y en la huída gastaron pólvora en salvas con el nuevo aire. Tal gallardía de caído tuvo Eugenio, el bien engendrado. Al principio, nadie lo quiso creer: yo, sí. Y estoy seguro de que si Eugenio repasó su vida, con los ojos fijos en la corriente sangre, recordó con entrañable resignación su mañana de ungido. Exactamente un año. Y así, Eugenio cumplió su promesa de morir. Al día siguiente lo enterramos en medio del sol. Los brazos desnudos buscaron con complacencia, por el rito del saludo, la mano ya celestial de Eugenio. No tuvimos tiempo para llorar. A la salida, los camaradas que guardaban por Eugenio usaron de las pistolas y cuatro hombres, revueltos en polvo y sangre y desprecio y odio, rindieron mínimo tributo a Eugenio, el camarada bien engendrado que se quedaba allí.

II

Ahora voy solo hacia casa. Las gentes viven igual que hace dos días. Pero antes de ayer Eugenio respiraba libertad y fervor de abrazarnos. Y esta asquerosa multitud no se entera de que veinte años heroicos se pudren bajo la tierra. Luchando por la felicidad del universo. Luchando por este hombre y esta mujer que pasan a mi lado. Me siento con fuerza para dar fuego a Madrid por sus cuatro esquinas camperas. Esta canalla que se divierte mientras los demás nos batimos. En el pecho me nace la angustia, como un amor. Y siento ganas de gritar en cualquier encrucijada, seguro de hallar respuesta seca, las divinas palabras que acabo de heredar, porque no soy yo quien habla. Es Eugenio, siempre conmigo. Para siempre a mi lado. Me dice suave y las silabas adquieren un prestigio violento. Más que charla, sermón de la buena nueva. Cuando vuelvo a quedarme solo, renazco a la ciudad completamente tranquilo. Y me parece soñar romanos saludos como militantes donaires de la calle. En un periódico veo la noticia que me alegra: diez bestias enemigas muertas en represalias. Estoy seguro de que sabré manejar el fusil y buscar diana precisa cuando sea necesario. En las entrañas mías -soy camarada de Eugenio- presiento lo que vendrá. Porque, muerto Eugenio, soy yo, también, profeta. Por cada baja, más hombres a los puestos del aire.

-¡Camaradas: acaba de proclamarse la Primavera!

Escojo disparos en cada ser que cruza mi camino. Y al tiempo, el rumor de la noche me exalta el amor porque cayó Eugenio.

-¡Camaradas: ésta es la proclamación la Primavera!

Contengo las dos últimas lágrimas de mi vida. Al levantar mi brazo ante un grupo falangista suenan unos disparos hacia la iglesia de San Luis. Sobre el escudo se alza la noche: en primaveral consigna.

PARA DIOS Y EL CÉSAR

*Abril 36, Madrid. Agosto 36, Somosierra. Noviembre 36, víspera de Madrid.
Agosto y Noviembre 37, Bandera 26 de Navarra.*